

# Murcia en dos obras dramáticas de Lope de Vega

(Homenaje en el IV centenario de su nacimiento)

POR

SEBASTIAN DE LA NUEZ CABALLERO

*Catedrático de Literatura del Instituto de Lorca*

## Introducción bio-bibliográfica

Hoy no podemos decir que Lope de Vega —a pesar de su vida inquieta y andariega, más bien centrada en ambas Castillas— estuviera en el reino de Murcia (1). Es sabido que estuvo, en varias ocasiones, en Valencia, y que de allí partió, en 1588, para incorporarse a la Gran Armada contra Inglaterra. La segunda vez que estuvo en la región levantina fue en el año 1599, acompañando a su señor el Marqués de Sarriá que debía asistir a las bodas reales de Felipe III y de Isabel Clara Eugenia, pero se sabe que sólo salió de Valencia para ir a Sagunto. La última vez que estuvo en esta hermosa ciudad fue, ya de sacerdote, en 1616; pero, al parecer, fue un viaje fugaz y por un capricho amoroso pasajero.

Las dos comedias de Lope que más nos interesan para nuestro breve estudio son «El primer Fajardo» y «Los Porceles de Murcia», que aportan bastantes datos genealógicos, históricos, legendarios, geográficos y costumbristas, relacionados con la región murciana. Ambas están escritas, según los datos que nos da Menéndez Pelayo (2), antes de 1617, pues aparecen impresas en esta fecha, y la primera casi es seguro que lo estu-

---

(1) Véase para ello el mapa editado por los Sres. Entrambasaguas y García Cruz con los itinerarios de Lope.

(2) Vid. «Estudios sobre el teatro de Lope de Vega», Ed. C.S.I.C., 1949.

viera ya antes de 1604, según el desorden y el «desaliño del estilo» que en ella se nota (3).

El primer contacto de Lope de Vega con la obra de un murciano sería, seguramente, con la famosa historia novelesca de «Los bandos de Zegríes y Abencerrajes», primera parte de «Las guerras civiles de Granada», editada en 1595. Esta obra le familiarizó con ese clima especial donde nacieron los romances fronterizos y moriscos, que eran la poesía y la realidad palpitante de los siglos XV y XVI en las vegas de Granada y las huertas de Murcia. Ya Menéndez Pelayo reconoce a Pérez de Hita como un buen guía, ya que en su obra «aprovecharía el conocimiento geográfico que adquirió del país cuando anduvo por él como soldado contra los moriscos, y quizás de tradiciones orales, y por tanto algo confusas, que andaban en boca del vulgo...» (4).

Precisamente Lope gustó mucho de ese género romancesco durante toda su vida, y prueba de ello fueron sus abundantes romances de este tipo y varias comedias de tema fronterizo o morisco inspiradas en la obra del gran escritor murciano, como «La envidia de la nobleza» o «Cegries y Bencerrajes», cuyo asunto principal está basado en la desgracia de los Abencerrajes del reino de Granada. Y todavía más fiel a la leyenda narrada por Pérez de Hita es el relato intercalado por Lope en su comedia «Pedro Carbonero», donde también dramatiza semilegendarios episodios fronterizos. Más adelante veremos como el «Primer Fajardo» intercala, llevado de su preocupación genealógica, alusiones a las luchas de estos bandos, famosos en la literatura de la época. Finalmente también escribió nuestro dramaturgo «El hidalgo Bencerraje», donde, en realidad, el verdadero héroe es el Abencerraje Jazimín, que salva de la muerte y protege a dos enamorados cristianos fugados de la corte española, una especie de réplica al tema de «Abindarráez y la hermosa Jarifa», leyenda que también aprovecha Lope para su excelente comedia «El remedio en la desdicha», que para D. Marcelino es la mejor que refleja las relaciones entre moros y cristianos en el teatro español (5). Ya también nuestro gran polígrafo explica, sagazmente, que Lope recoge la rehabilitación de «la raza proscrita» hecha por Pérez de Hita, que estaba familiarizado con la población morisca, tan numerosa en la región murciana desde el siglo XIII hasta su expulsión a principios del siglo XVII.

Por las fechas de publicación de las posibles fuentes de las dos come-

(3) Hoy podría determinarse por los métodos de MORLEY y BRUERTON en su «The chronology of Lope de Vega's Comedias», 1940.

(4) Op. cit., t. V, pág. 186.

(5) Lope sigue la leyenda tal como aparece en la «Diana» de MONTE MAYOR. Según los editores de esta comedia, Gómez Ocerín y R. M. Tenreiro, en Clás. Cast. n.º 39, también Lope conoció el texto de «El inventario» de Alonso de Villegas (1565).

días que nos ocupan —si aceptamos su temprana elaboración— Lope no pudo escribirlas sino por documentos, datos o noticias aportados por escritores o amigos murcianos. Acaso el que más pudo ayudarle en la recopilación de estas fuentes fuera el culto y mesurado clasicista, y docto autor de las «Cartas Philológicas», el murciano D. Francisco de Cascales, tan buen conocedor de su tierra y de sus gentes. El le conseguiría las crónicas y nobiliarios de las ilustres familias murcianas de los documentos que después serían recogidos por Cascales para su obra «Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia», encargada por el Ayuntamiento de la ciudad a su autor en 1608, terminada en 1613 (o sea algunos años antes de que Lope editara sus primeras comedias) y editada sólo en 1621.

Las relaciones de Lope y de Cascales, aunque estudiadas por García Soriano en su libro «El humanista Francisco de Cascales» (1924) y resumido para la introducción de las «Cartas Filológicas» de la edición de Clásicos Castellanos de 1929, no están suficientemente esclarecidas, ya que no se conservan las cartas que se escribieron, aunque tenemos una célebre muestra del humanista murciano sobre las Comedias (1617?), incluida en el tomo segundo de dicha edición. Tenemos también el testimonio de los elogios poéticos de Lope a Cascales en el «Laurel de Apolo» (1630), y los de éste en la «Fama póstuma» (1636), dedicada al poeta. Pero ¿cuándo comenzaron sus relaciones? ¿Se encontraron en Madrid? ¿Se escribieron con frecuencia? Si es verdad que «El primer Fajardo» fue compuesto antes de 1604, como cree Menéndez Pelayo, debió ser en época muy temprana esa correspondencia, pues no es probable que otro le suministrara a Lope esos datos, que estaban recogidos fielmente en los «Discursos» de Cascales, redactados posteriormente a aquella fecha, pero que pudo tener en apuntes con anterioridad. En esta obra se encuentra la genealogía real y la legendaria de los Fajardos y la célebre carta que Alonso Fajardo, el Bravo, le dirigió al rey Enrique IV.

Parece también posible que Lope de Vega consultara el manuscrito del prematuro poema de Ginés Pérez de Hita, titulado «Libro de la población y hazañas de la muy noble y muy leal ciudad de Lorca», que data de 1572, y cuya copia anduvo por Madrid a fines del siglo XVI (6). El resto de las fuentes de las obras que vamos a analizar seguidamente están en las canciones o los romances transmitidos en pliegos sueltos o por tradición oral, o en los cuentos populares, como el «del parto múltiple» propio del folklore español, no sólo de Murcia, donde la leyenda

---

(6) Se publicó por primera vez, en parte, en 1888, por D. Nicolás Acero, y luego completo, en Lorca, en 1929, por D. Francisco Escobar. Para más datos véase el libro de éste titulado «Apuntes sobre Ginés Pérez de Hita, primer historiador de Lorca», 2 tomos, 1929, donde incluye el poema.

arraigó con más fuerza; o los romances fronterizos, especialmente el dedicado a la partida de ajedrez entre el rey moro y el buen Fajardo. Sabida es la facilidad de nuestro ingenio para tomar de una copla, o de una leyenda cualquiera, sus esencias poéticas y transformarla en un maravilloso poema o en una entretenida obra dramática.

### Estudio analítico de «Los Porceles de Murcia» (7)

#### a) FUENTES TEMÁTICAS

Ya señaló Menéndez Pelayo, con todo detalle, las fuentes posibles y su propagación folklórica, del cuento que dió pie a Lope para componer esta obra genealógica murciana. Sobre la autenticidad de la fabulosa historia que dió origen al nombre de los Porceles no creía ni el mismo autor, y así lo declara, bastante años más tarde, al frente de una de sus comedias (8), al dedicársela a la ilustre dama murciana doña Paula Porcel de Peralta, donde dice que «Años ha que escribí la descendencia de los Porceles, no la historia, sino la fábula, no creyendo que recibiría disgusto su siempre ilustre familia». Así pues hemos de partir de una obra cuyo fundamento real solamente se apoya en una falsa interpretación etimológica del apellido Porcel, que Cascales lo remonta nada menos que a los romanos Porcios o Porcanos, alusivo a una puerca que encontraron los troyanos en Albalonga, y que tuvieron por feliz augurio según cuenta Virgilio (9). Origen igualmente fantástico es el de la historia que nos narra Cristóbal Lozano en su leyenda sobre «El nacimiento de D. Peiayo», donde dice que «está siempre fresco el caso en la ciudad de Murcia, de aquellos niños Porceles, sangre noble, a los cuales, por ser muchos de un parto... etc.» (10).

El erudito murciano D. Pedro Díaz Cassou atribuye la popularidad de esta leyenda en su ciudad al hecho de que Doña Juana Perea, mujer de Don Juan Porcel, tuvo sucesión después de muchos años en que se había creído estéril (detalle recogido por Lope), y que en cumplimiento de un voto hizo pintar en la puerta de Aljufía o del Norte, llamada también luego la del Porcel, un fresco que representaba a Santa Isabel rodeada de niños. Ocurría esto hacia 1443... Con el tiempo la gente atribuyó este hecho a cuento popular de los siete Porceles que rodeaban a la dama,

(7) Texto de la parte séptima de las Comedias de Lope, 1617. Seguimos la edición de la Real Academia de la Lengua.

(8) El Serafín humanado (1626).

(9) Vid. CASCALES, «Cartas Filológicas», Ed. Clás. Cast. n.º 118, pág. 182. Alega el testimonio de las Historias de los falsos cronicones de Marco Máximo.

(10) Vid. «Historias y Leyendas», Ed. Clás. Cast. n.º 121, t. II, pág. 225. La primera edición, 1667, no pudo ser consultada por Lope.

y que ella hizo pintar por haberse salvado todos tal como se dice en la leyenda (11). Modernamente María Luisa Vallejo ha recogido, en la bella capital murciana, una leyenda popular sobre el origen de los Porceles, que, según esta variante, nacieron de D. Félix y de Doña Fuensanta, basándose también en la referida pintura y en los «antojos» de la parturienta (12).

Lope de Vega, como siempre, aprovechándose del sentido dramático popular de esta historia legendaria, se apodera del tema y le da ser y acción en su teatro, que se desborda como una avalancha incontenible de arte y de vida.

#### b) ANÁLISIS ARGUMENTAL

La primera parte transcurre en los Montes de Toledo, en una hermosa huerta, junto a las márgenes del Tajo, que vienen a ser como un presentimiento o paralelo de la huerta murciana, donde se ha de desarrollar la parte genealógica-legendaria de la obra.

En aquellos renacentistas paisajes se ha ido a refugiar Doña Angela que está próxima a tener descendencia ilegítima de un noble pobre, D. Luis, que acepta socorro de D. Vasco, noble rico, enamorado también de Doña Angela, y con quien su padre ha dado palabra de casarla.

La acción se precipita vertiginosa: llega D. Vasco, siguiendo a su amada, y detrás D. Luis. Se descubre la afrenta de los préstamos vergonzosos, y los dos amigos y rivales se baten a espada. D. Vasco cae herido gravemente. Ambos amantes huyen, pero no lejos pues Doña Angela siente los dolores de un parto próximo. Es recibida en una alquería de villanos, que se dedican a la recolección de la miel y cuidado de las abejas. (En la segunda parte se hará referencia a la cría del gusano de seda en la huerta murciana). La noble toledana da a luz a dos hermosos niños. Por unas imprudentes palabras de Don Luis, que dice va perseguido por la hermandad y justicia de Toledo

*Ya sea por querrela de su padre  
ya por la herida o muerte de don Vasco,  
competidor conmigo de esta dama*

se ve forzado a huir de nuevo, pues resulta que aquellos villanos y tierras pertenecían a Don Vasco. Al final del primer acto, separados ambos amantes, D. Luis marcha, por Cartagena, a Africa, y Doña Angela llega,

(11) M. PELAYO, en la ob. cit., copia esta tradición tomándola del libro del erudito murciano, «Noticias de Murcia y su reino», donde reproduce unos autos fechado sen 1808, en la que el escribano Montalvo relata la vieja leyenda de los Porceles.

(12) Vid. «Leyendas de Murcia», 1959, t. II, pág. 137, titulada «La calle del Porcel».

con sus dos hijos, a la huerta murciana precisamente en el momento en que se celebra una romería a una virgen morena que se adora en una ermita ,a la que los rústicos labradores cantan :

*A la bella Virgen,  
que a tantos guía,  
da salud y vista.  
Murcia, que la tiene  
por amparo, diga:  
«Cielo y tierra celebren  
su dulce día».*

Todo ello puede ser la transcripción artística de canciones y fiestas populares dedicadas a la Virgen de la Arrixaca, patrona de Murcia, hasta el s. XVII, antes de la Fuensanta, su heredera. Es este un recurso frecuente en las comedias de Lope, que utiliza lo popular para dar más realidad a la fábula.

Ahora comienza, propiamente, la dramatización de la leyenda que Lope entrecruza con la acción comenzada antes y con otras escenas secundarias de villanos o graciosos que intervienen en la vida de los personajes principales. Estos son Doña Lucrecia y Don Lope, dos nobles y ricos hacendados de Murcia, que no tienen descendencia, y que son una réplica o paralelo de los nobles perseguidos y desgraciados de Toledo. Oigamos por boca de la heroína de la leyenda los ilustres linajes a que pertenecen :

*Yo me casé con D. Lope,  
caballero descendiente  
de la ilustrísima casa  
de los señores de Vélez,  
que esta tierra conquistaron,  
de cuyas hazañas tienen  
el apellido Fajardo  
de los Alfajares Reyes,  
a quien mató en desafío  
el D. Juan de quien descienden*

(Estos sirven de enlace con la comedia que comentaremos seguidamente, «El primer Fajardo», también de tipo genealógico en su introducción). Luego Doña Lucrecia expone su ascendencia.

*El mayorazgo y hacienda  
de mis abuelos procede,  
Vera, por parte de padre,  
y por mi madre Meneses.*

Entonces se produce el dramático encuentro de la pobre Doña Angela que llega, fugitiva, con sus gemelos, a implorar misericordia de esta gente principal, en el momento en que Doña Lucrecia se fija en ella y exclama perseguida por su obsesión:

*¿Ves, don Lope, aquella pobre  
de tantos hijos cargada?  
¡Qué una desdicha heredada  
tanto mayorazgo cobre,  
y que a treinta mil ducados  
de renta falte heredero!*

Se establece un diálogo entre ambas mujeres. Doña Angela, al principio, guardando su actitud humilde pero firme; Doña Lucrecia, envidiosa de la pobre mujer, desconfiada y soberbia:

Doña Lucrecia: *¿Sois casada?*  
» Angela: *Sí, lo fui.*  
» Lucrecia: *¿Dos paristes?*  
» Angela: *Dos pari.*  
» Lucrecia: *¿Dos juntos?*  
» Angela: *Dentro de una hora.*

Don Lope, interviene, intentando hacerle ver que hay casos como éstos en las sagradas escrituras, pero Doña Lucrecia no quiere admitir la honradez de la forastera, basándose en una superstición popular

Doña. Lucrecia: *¿Ahora me hacéis creer  
que este es milagro de Dios?  
¡Una pícara bribona  
que así lo quiere decir  
por milagro ha de parir!*

Vuelve a intervenir su marido, que racionalmente quiere explicarlo, pues «obra esto la naturaleza / sin milagros...». Pero Lucrecia lanza su juramento, que ha de recaer sobre sí misma:

*Digo que si yo pariese  
dos hijos, te doy licencia  
que me mates*

Lo cual provoca finalmente la maldición de Angela, que ha recibido la afrenta y los insultos de la soberbia dama:

*Si la maldición alcanza  
de una mujer miserable  
a una mujer poderosa,  
plega a Dios y a su piadosa  
mano...*

*Que de un parto tantos paras  
que tu lengua te condene.*

Eu desenlace es conocido y lo narra la misma protagonista, en una de las escenas siguientes, en el romance de los linajes antes interrumpido:

*Antes que a Murcia volviere,  
sin duda me hice preñada  
. . . . .  
sin osar salir de casa,  
ni poder aunque quisiese,  
pari, Beatriz, como has visto,  
no dos hijos sino siete.*

Entonces pide a la esclava que coja a seis de estos niños, los envuelva en pañales, y simulando que va a lavar, los ahogue en el río Segura para que

*No diga mi esposo ausente  
que fui adúltera y me maten,  
o los de Murcia me afrenten.  
Porque no digan sus damas  
que Lucrecia de Meneses  
de un hombre solo, y de un parto,  
parió, como puerca, siete.*

Transcripción romancesada del cuento, pero que acaso revela una captación, tan natural en Lope, del sentir murciano de aquella y de esta época: el expresivo realismo sexual y el temor a las murmuraciones y a la calumnia, que han captado escritores murcianos modernos. A parte de esto podría considerarse el motivo central de la obra, como un símbolo de la fecundidad de las huertas bañadas por el Segura.

Finalmente, Lope, siguiendo el hilo argumental, escenifica el encuentro del padre de los niños Porceles, en las afueras de Murcia, con seis de sus hijos, que llevaba la esclava Beatriz para cumplir el criminal propósito de su ama. El noble señor murciano justifica y perdona a su esposa, pero oculta a los niños, que reparte por las alquerías cercanas, donde, en una de ellas, vive, ya casada Doña Angela con Don Luis, que además han tenido hermosas niñas. Pasados los años —sin que de todo esto sepa nada su mujer— D. Lope convoca a los nobles parientes, ami-

gos y autoridades murcianas a su palacio, y allí presenta a su esposa y a todos los asistentes los seis hijos que faltaban, que son idénticos al niño que Doña Lucrecia se había reservado, y que todos tenían como el único heredero. Después nuestro protagonista descubre el famoso y peregrino suceso, y, para completar el carácter genealógico de la comedia, termina diciendo:

*Testimonio, os pido, y quiero  
que su majestad lo sepa:  
y pues Lucrecia parió  
como el animal de ceba  
su cuerpo de sucio lodo,  
quiero que mis hijos tengan  
desde hoy nombre de Porceles,  
para que el suceso sea  
inmortal mientras que el Sol  
alumbre el cielo y la tierra*

Estos nobles Porceles han de casar luego con las hijas de los nobles toledanos, Doña Angela y Don Luis, ya que Doña Lucrecia así lo ofrece en reparación a la ofensa inferida.

Nada hay que añadir en lo que se refiere a la ficción y realidad de esta comedia, que, como se ha visto, no tiene más justificación que el haberse fijado con más insistencia esta leyenda en Murcia, ya extendida por otros lugares de la península. En cuanto a la Murcia y el ambiente que nos presenta Lope en su comedia, es la de su época; la que sólo conocía por documentos o noticias de sus amigos murcianos. Es, en resumen, la Murcia de la huerta fecunda y dedicada al cultivo del moral y a la industria de la seda, la Murcia apacible y noble, bordeada por el río Segura, hasta donde Lope, como su protagonista

*..he llegado  
casi de Murcia a la puente.*

### **Estudio analítico de «El Primer Fajardo» (13)**

Lope de Vega resume en esta obra, clasificada por Menéndez Pelayo entre las crónicas y leyendas dramáticas de España (14), casi un siglo de historia de una heroica familia, personificando en un solo protagonista

(13) Texto de la parte VII de las Comedias de Lope, Madrid y Barcelona, 1917. Seguimos la edición de la Real Academia de la Lengua.

(14) Vid. op. cit., t. IV, págs. 381 y ss.

a cuatro generaciones de Fajardos, que tanto se distinguieron, en las postrimerías de la Edad Media, en las luchas fronterizas del adelantamiento de Murcia frente al reino de Granada. La obra está históricamente situada en la época turbulenta de los Trastamaras, desde Enrique III a Enrique IV, verdaderas postrimerías del feudalismo medieval, envueltas en heroicas leyendas de cortesés caballeros moros y nobles cristianos levántiscos; ambiente de frontera y de lucha que nuestro gran dramaturgo sabe aprovechar hasta la saturación de su ingenio fecundo.

Casi toda la primera parte está dedicada a dramatizar la hazaña que dió lugar al apellido de los Fajardos, que Lope tomó, al parecer, como dijo D. Marcelino, de los informes de Cascales. Veamos primero el plano legendario: el héroe de la comedia, D. Juan Gallego, ha de luchar con el imponente moro Abenalfajar, que tiene cercada la ciudad murciana de Lorca y ha ofrecido retirarse si es vencido. El caballero cristiano, que ha aceptado el reto del gigante árabe, contesta a sus bravatas nobiliarias exponiendo su árbol genealógico:

*Si un Zayde, un Abindarraez,  
por tu nobleza responde,  
por mí el generoso conde  
Don Rodrigo de Narváez.*

. . . . .  
*Fué señor de Monterrós  
en el reino de Galicia,  
fué del conde don Remón  
hijo, que honrando su ley,  
lo fué segundo del rey  
Don Fruela de León  
y de doña Ernilia hermosa,  
infanta de Inglaterra;*

Y a continuación explica su noble escudo de armas, tomado de un tratado de heráldica de la época:

*La villa de Santa Marta  
de Hortiguera es el solar  
de este mi nombre; que el mar  
cerca de su sitio aparta.  
Y cuando de armas te acuerdes  
y tengas mil lunas, moro,  
yo tengo un campo de oro  
tres matas de ortigas verdes,  
siete hojas cada mata,  
hace el blasón mi solar,  
sobre tres rocas del mar  
con ondas de azul y plata.*

Conforme a las leyes medievales de la caballería el joven D. Juan Gallego, para ser armado caballero, necesita realizar alguna notable hazaña, y el adelantado D. Juan Manuel (personaje histórico que corresponde a D. Juan Sánchez Manuel), que ha dado permiso a nuestro héroe para que luche, opina, sin duda por el corazón de Lope, tan afanoso por demostrar su nobleza,

*Que las armas heredadas  
aunque tengan real valor,  
no pueden dar tanto honor  
como las que son ganadas.*

Y efectivamente nuestro héroe derrota al noble y orgulloso Abenalfajar, cuya lucha narra Lope, por boca de sus personajes, en un brioso romance de resonancias arcaicas, que, por lo extenso, no reproducimos aquí. Con su victoria el cristiano obtiene el codiciado título de caballero con todos los honores y privilegios que le otorga el conde D. Juan Manuel:

*Este blasón quiero daros:  
Ya no sois Don Juan Gallego;  
que del nombre celebrado  
de este moro, os llamaréis,  
de Alfajar, don Juan Fajardo.*

(No hay que insistir en el carácter legendario de esta explicación genealógica, que por otra parte corresponde a una costumbre medieval de tomar el apodo o apellido del héroe vencido, cuando, además, era famoso).

*Que sois nuevo caballero  
y sois el primer Fajardo.  
. . . . .  
Lorca, que habéis decercado,  
es de hoy más vuestra alcaidía  
. . . . .  
Mula y Lebrilla son vuestras.*

Con esta escena termina, en realidad, la parte genealógica-nobiliaria de la comedia. Veamos ahora el plano histórico dramatizado por Lope y que, sin duda, él conocía en sus pormenores. 1.º) El personaje Juan Gallego Fajardo fue, efectivamente, un caballero, que según Cascales, «siguió las partes de D. Enrique en las guerras que tuvo con su hermano D. Pedro; y muerto que fue (éste) en Montiel se vino justamente con el

Conde de Carrión a Murcia...» (15). A todo ello se ajusta Lope en el comienzo de su obra. 2.º) Entra en juego la síntesis creativa del dramaturgo que, basándose en un hecho legendario o acaso en un lance ocurrido a un descendiente del fundador de la dinastía, quiso así dar más carácter heroico a su comedia. Al parecer ese combate fue realizado, frente a Caravaca, por D. Pedro Fajardo, que «mató un caballero moro muy valiente, llamado Zantorre, que pidió desafío, y desbarató el campo y le hizo huir», o bien puede referirse a la lucha —célebre en los fastos lorquinos— del caballero Martín Fernández Piñero contra el gigante moro de Buxía, Abenraho. Y 3.º) A esto se añade que el conde de Carrión al otorgar la alcaidía de Lorca y los señoríos de Mula y Librilla, nuestro autor proyecta los hechos hasta Alonso Fajardo, revelando su propósito de condensar en el primer Fajardo los hechos más sobresalientes de los héroes de esta familia que más se distinguieron en la zona fronteriza de Murcia a principios del siglo XV.

Antes de comenzar el segundo acto Lope nos sitúa en el ambiente semi-picaresco del campamento de los soldados, que viven, en pie de guerra, en la zona de cristianos y de moros, verdadera tierra de nadie, que era, en aquella época, el valle del Guadalentín y sus alrededores. Hay que advertir que antes ya nos ha transportado a la misma corte del Rey de Granada, donde se inicia la trama romancesca que poetiza de nuevo el tema de los amores de Abindarráez y la hermosa Jarifa, entrecruzándolo con el de los bandos de Zegríes y Abencerrajes, cuyas fuentes hemos visto en Pérez de Hita, y cuyo asunto había sido o sería tratado por Lope en otras comedias.

Ahora también se ponen en contacto estos dos mundos: el fronterizo morisco, cantado por los romances, y el legendario caballeresco. Primero es la salvación y prisión de Abindarraez y de su criado Zulemilla, el gracioso morisco (cuya lengua se presta a un estudio filológico y lingüístico) por D. Juan Fajardo, que ha salido al campo a coger prisioneros para pagar con esclavos una deuda de juego, y luego veremos otros episodios igualmente significativos.

Mientras tanto estos episodios se cruzan —con la frecuente precipitación del fecundo dramaturgo— con otra leyenda semi-histórica: el célebre episodio de los Cuarenta, versificado, por primera vez, por Pérez de Hita en el citado poema sobre la población y hazañas de Lorca, donde recoge la tradición de un tal capitán Morata, que, al frente de 40 guerreros lorquinos, después de hacer una incursión devastadora en tierra de moros, raptan a una joven novia árabe de Serón, que luego es devuel-

---

(15) Vid. ob. cit., CASCALES, «Discursos...».

ta caballerosamente a los suyos (16). Según Menéndez Pelayo el episodio de los cuarenta aparece levemente modificado en esta comedia de Lope, dando lugar a una «de las escenas más bizarras y animadas», que nuestro gran polígrafo describe con todo detalle copiando los pasajes más sobresalientes, tanto en sus fuentes como en el original. Pirmero el capitán Morata es sustituido por nuestro Fajardo y los cuarenta son reducidos a cuatro compañeros de armas, entre ellos Garcijofre y el comendador de Aledo, que penetran en Vera, no por la fuerza, sino disfrazados de moros. Después de asistir, confundidos entre los invitados a la boda, a una bella zambra morisca con canciones de reminiscencias anacreónticas, raptan a la novia:

*De Lorca salía Fajardo,  
ese espanto de los moros,  
ese honor de los cristianos.  
Salió con este concierto,  
y vistiendo tres soldados  
de los que más se confía,  
vino a haceros este engaño.  
Apenas sacó de aquí  
a Felisalva en los brazos.*

Al final de la comedia, cuando el enviado del rey le pide cuentas a Fajardo de este rapto, nos enteramos de que ya la había devuelto a sus familiares, coincidiendo con el gallardo gesto del héroe de la leyenda lorquina.

Después, en el resto de la obra, aunque entrelazadas las hazañas de los Fajardos con las leyendas granadinas del Abencerraje, que aquí no tiene desenlace infeliz como, por ejemplo, en «Zorayda», la tragedia pre-romántica de Cienfuegos, Lope parece querer seguir su comedia sobre un cauce más o menos histórico, salvando, claro está, la condensación de los hechos en un solo protagonista y en un solo reinado.

Continuemos pues con los principales acontecimientos del plano dramatizado por Lope y comparémoslos, en lo posible, con los hechos del plano real histórico. La reacción de los árabes ante los atrevimientos de Fajardo, el Bravo, no se hace esperar. Por una carta de los alcaides de Baza y Vera nos enteramos de las represalias y éxitos de los moros:

*Juntamos, de corridos, nuestro ejército,  
dimos en Murcia, Cartagena y Lorca;  
Gualemo tomó a Murcia, a Cartagena  
Alcindo, y yo de suerte puse el cerco*

---

(16) Este episodio ha sido poelizado luego por el escritor murciano D. Lope Gisbert, 1875

*a Lorca, que Fajardo y sus soldados  
han comido las yerbas, los caballos  
las correas, los antes, las adargas,  
y dejado la villa finalmente.*

Entonces D. Juan Fajardo, ante esta situación desesperada, pide ayuda al rey, que se excusa de prestársela por estar empeñado en una guerra contra el de Portugal, y le añade que además vaya a ayudarle, «a servirme aquí con vuestra persona— dice la carta de la comedia que parece copia histórica— que estimaré mucho; desamparad esas villas y partíos luego, que más me importa un reino que dos ciudades».

Pero, por lo contrario, Fajardo reúne sus pocos hombres y decide emprender la reconquista de las plazas perdidas, hasta el punto que antes departe con sus guerreros sobre los derechos reales y de señorío de ellas:

*Pero si Murcia es cabeza  
del reino, esa es justa ley  
que se tenga por el Rey  
y esté en nombre de su Alteza.  
Cartagena, Lorca y Vera  
no impotra, pues es razón  
que las goce en galardón  
el que ganallas espera.*

Efectivamente D. Juan Fajardo logra reconquistar las ciudades murcianas, y nombra, entre sus caballeros, a los nuevos alcaides de ellas, como correspondía a su cargo de adelantado, y se reserva para él algunos señoríos. Si ahora, desde el plano poético de la comedia nos trasladamos al plano real de los acontecimientos históricos, nos encontramos con que Lope ha querido condensar en estos hechos las batallas sostenidas por los más famosos Fajardos, que enumeramos a continuación para mayor entendimiento de la obra lopesca y del método de composición de sus comedias histórico-legendarias.

A) Batalla de Nogalte de Alonso Yáñez Fajardo, hijo de Juan Gallego, alcaide de Murcia (1378) y adelantado (1383); B) Saqueo de Vera por otro Alonso Yáñez Fajardo, hijo del anterior, y vencedor de la batalla del Algibe de los cabalgadores «contra infinitos granadinos que venían a entrar en el reino de Murcia», y luchó también a favor del rey D. Juan II, contra los infantes de Aragón, por lo que se le nombró adelantado de Murcia (1424); C) Sucede a lanterior su hijo D. Pedro Fajardo, el vencedor de Zantorre, nombrado adelantado (1445), y D) Célebre batalla de los Alporchones ganada por el famoso Alonso Fajardo, apodado el Bravo o el Malo, alcaide de Lorca, cantado por el romanceiro. He aquí como cuenta este episodio una historia de Lorca: «Venían

ya los moros de regreso contentos y orgullosos con el buen éxito de su jornada, pues no habían encontrado quien se les opusiese en los campos de Murcia y Cartagena, y en vez de dar la vuelta por la marina para evitar un encuentro con los de Lorca... determinaron pasar a banderas desplegadas al frente de Lorca y saquear su campo». (Compárese con lo comentado más arriba, y veremos que, sin duda, Lope pensaba en esta situación histórica, que coincide con las represalias tomadas contra el atrevido Fajardo). «...Al llegar los moros al Puntarrón,... ya habían sido descubiertos y dado aviso a las atalayas, saliendo al momento de Lorca el ejército cristiano, avistándose con los granadinos en el sitio llamado los Alporchones... Esta batalla, la más famosa de aquellos tiempos, costó la vida a ochocientos caballeros de lo más distinguido de Granada;... Desde la fecha de esta batalla, que fue el 17 de marzo de 1452, no hubo más invasiones y algaradas en el reino» (17).

Lope de Vega no dramatiza explícitamente la célebre batalla, pero la da por supuesta dentro de la acción de esta obra, puesto que la situación es idéntica y junto al héroe Fajardo aparecen, más o menos disfrazados con los nombres de Garcijofre, Lasa y Lisón, que corresponden a Garci-Manrique, y a Alonso Lisón, comendador de Aledo, caballeros que asistieron a los Alporchones, y que son también los que se reparten las plazas recuperadas.

A continuación Lope sigue interpretando la historia a su capricho pero teniéndola siempre presente. Juan Fajardo es traicionado por uno de sus compañeros, Lasa, al que ha dejado en la alcaidía de Murcia recién conquistada; pero nuestro héroe se acerca a la ciudad solo y a pie. El rebelde sale a recibirle al frente de sus trescientos caballeros y el astuto Fajardo finge querer reconciliarse con él, pero al ir a abrazarle le da muerte con su adarga, pagando traición con traición. En este episodio se entrecruzan dos fuentes: una histórica y otra literaria. La primera corresponde al hecho de la sublevación y muerte de Andrés García Lasa a manos del condestable Ruy López Dávalos, enviado del rey. La segunda es el episodio poéticamente narrado por Hita en su juvenil poema de Lorca, en el que Alonso Yáñez Fajardo da muerte a un tirano innominado, que se había alzado en Murcia en tiempos de Alfonso XI (?). He aquí, como muestra, una de las octavas del prosaico poema, en donde nos relata la escena culminante de la hazaña del héroe lorquino, no muy distante de la de Lope; que la presenta más sobria y escuetamente.

---

(17) Vid. Francisco CÁNOVAS Y COBEÑO, «Historia de la ciudad de Lorca». Ed. Lorca, s. r. alr. de 1896, págs. 310 y ss.

*Quan aquel traïdor muy alevoso  
sintió lo que Fajardo le decía  
mostróse en el aspecto muy furioso  
y en viva saña todo se encendía  
levantóse en un punto muy bravoso,  
prendello a grandes voce les decía;  
Fajardo que sintió aquel duro juego  
contra el tirano enviste como un fuego (18)*

Mas en la comedia y en la realidad estos hechos han traído otras consecuencias. Diego de Lasa, antes de su muerte, ha enviado mensajes al Rey D. Enrique denunciando a Fajardo como rebelde al poder por tratar de erigirse señor independiente. Ahora se sabe que ya viene de camino, con un nutrido ejército, un enviado especial, D. Gonzalo Saavedra para imponer orden en el reino murciano. Al enterarse nuestro héroe exclama dolorido:

*¡Qué esto pueda la envidia de mis hechos!  
¡Qué el Rey, a quien le he dado tanta sangre  
me mande llevar preso!*

Ya en el acto tercero, en la entrevista de D. Gonzalo Saavedra, comendador mayor de Montalván, —prescindiendo de la realidad histórica que hizo necesario que el adelantado D. Pedro Fajardo añadiese sus tropas para forzar a D. Alonso a refugiarse en la fortaleza de Lorca y luego a pactar (19)— Lope versifica la famosa carta (aunque luego vuelva a utilizarla en otra escena), que, como dice Menéndez Pelayo, «es una de las buenas muestras de la prosa política del siglo XV», verdadero memorial de agravios o manifiesto sedicioso, en que de todo se trata menos de pedir perdón (20). Véanse algunos párrafos admirablemente versificados por nuestro dramaturgo:

*¡Así paga el señor Rey  
lo que debe a Fajardo?  
¿Este es el premio que aguardo?  
¿Esto es justicia, esto es ley?*

*El ganar cuatro ciudades  
y diez villas, sin tener  
sueldo o soldada; el perder  
por él tantas amistades;*

(18) Vid. «Libro de la población y hazañas de la muy novílsima y leal ciudad de Lorca», ed. de 1929, t. II, pág. 43.

(19) Vid. CASCALES, «Discursos cit.», y op. cit. de Fco. CÁNOVAS, explican con detalle las luchas de Pedro Fajardo contra su primo D. Alonso, famoso alcaide de Lorca.

(20) Vid. CÁNOVAS, op. cit. Transcribe la carta, págs. 318 y ss.

*El tener de todo apenas  
 más que un caballo, una lanza  
 y alguna corta esperanza  
 de estas ganadas almenas;  
 Hacer temblar a Granada...  
 señor Veinticuatro, ¿es ley  
 justa que os mandase el Rey  
 que me descñais la espada?*

Pero en el siglo XVII no se estaba ya en la época de los señores feudales independientes y sediciosos; ahora Lope tiene que interpretar la historia conforme a los ideales del poder real absoluto, representados por un monarca omnipotente y delegado del poder temporal de Dios en la tierra. Y D. Juan Fajardo, el héroe lopesco, se somete, a pesar de esta arrogante réplica, a merced del Rey, como no podía concebirse de otro modo en el teatro español de la época de los Austrias:

*Todo a su nombre se humilla:  
 Si supiese que su Alteza  
 me ha de cortar la cabeza  
 en llegando a Sevilla  
 no me pienso rebelar.*

Mas nuestro dramaturgo todavía, en su afán barroquizante de no dejar el menor hueco en la acción dramática sin rellenar con alguna leyenda que se relacione con los Fajardos ,aproximándose de paso, lo más posible, a la verdad histórica (aunque dejando bien a salvo el concepto monárquico implícito en el corazón y en la voluntad de los héroes españoles) hace intervenir al moro Abindarráez —símbolo de la ayuda prestada por los moros granadinos a las luchas civiles que el Fajardo histórico sostuvo contra las huestes reales murcianas—, que acude con un gran ejército y liberta al adalid cristiano, que llevan preso a Sevilla, y lo conduce a Granada.

Después de aprovecharse Lope para describir las bellezas de la ciudad árabe en un hermoso romance, nuestro poeta dramatiza admirablemente la leyenda de la partida de ajedrez, que los críticos la han atribuído celebrada entre Almotamid —rey de Sevilla—, y Alfonso VI, y que en todo caso refleja la buena amistad que solía existir entre los adelantados de Murcia y los reyes granadinos.

Lope, hábilmente, pone en acción la partida de ajedrez haciéndola narrar, por medio del canto, a dos músicos; escena que recuerda a las miniaturas de los salterios medievales o las viñetas que ilustran una edición incunable de los «Libros de Acedrex, Dados e Tablas» de Alfonso el Sabio.

*Jugando estaba el rey moro  
el rico ajedrez un día  
con aquese gran Fajardo,  
por amor que le tenía.  
Fajardo jugaba a Lorca,  
y el Rey jugaba a Almería;  
que Fajardo, aunque no es rey,  
jugaba cuatro o seis villas...*

La narración se alterna con el diálogo entre los jugadores:

*Perdiste, amigo Fajardo;  
la villa de Lorca es mía (21).*

Pero —enlazando la leyenda con la acción de la comedia— el Rey, lejos de exigirle la rendición de la plaza, sabiendo que está desposeído de sus señoríos por el propio monarca de los cristianos, le ofrece, por lo contrario, ayuda para reconquistarlos:

*Fajardo, aunque yo pudiera  
por la palabra ofrecida,  
pedirte a Lorca, no quiero;  
y pues sé que te la quita  
el Rey que tan mal te paga,  
verás mi amor este día.  
Darte quiero ocho mil hombres  
de mi gente granadina  
para que cobres tus tierras.*

Sin embargo, Don Juan no va contra su rey, rechaza cortésmente la ayuda, y se limita a enviarle, por medio de Abindarráez, la famosa carta que, entre otras cosas realmente históricas, le decía al débil rey D. Enrique IV: «Y no debéis, señor, aquexarme tanto, pues sabéis que podría dar los castillos que tengo a los moros, y ser vasallo del Rey de Granada, y vivir en mi ley de cristiano, como otros hacen con él...». Y más abajo, alegóricamente, pero con suficiente claridad, le amenaza: «¡Oh Rey muy virtuoso soy en toda desesperación, por ser así desechado de V. Alteza: soez cosa es un clavo, y por él se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero, y por un caballero una hueste, y por una hueste una ciudad y un reino», que Lope versifica casi al pie de la letra:

(21) Vid. M. PELAYO, op. cit., t. IV, págs. 384 y ss. Estudia con detalle las fuentes literarias y posibles fuentes históricas de este episodio.

*Por un clavo, famoso rey Enrique,  
se pierde una herradura  
Por una herradura, un buen caballo;  
por un caballo, a veces un jinete;  
por un jinete, un campo, y por un campo  
se pierde un reino: tú, señor, procura  
honrar los caballeros que defienden  
los que heredaste, y los ajenos ganan.*

Mientras tanto el Rey cristiano, en persona, ha llegado a Murcia, donde, desde los villanos hasta los mejores caballeros, entre ellos el valiente Garcijofre, exaltan las virtudes y la lealtad del gran Fajardo. He aquí en boca de este noble la idealización del héroe:

*Es hombre de tan altos pensamientos  
que conquistar el mundo tiene en poco;  
es liberal, magnánimo, solícito,  
prudente capitán, severo, grave...*

Entonces, ya preparado así el terreno, se presenta Fajardo ante el Rey, al que pide perdón y descargo de sus culpas. Este se lo otorga clemente y magnánimo —como correspondía a un monarca de nuestros dramas del siglo de oro y no a un rey atrabiliario e inseguro de finales de la Edad Media— y le restituye en su gobierno y mando en las fronteras de Murcia y el reino moro de Granada.

Hasta aquí la leyenda, entremezclada con la historia, dramatizada e interpretada por el ingenio de Lope. Veamos brevemente, para terminar este análisis, las bases histórico-reales de esa poetización. Esta última parte puede referirse, sin casi alteración alguna, a las hazañas y hechos del citado Alonso Fajardo, por sobrenombre el Bravo, primo del Adelantado de Murcia, D. Pedro Fajardo, cuya vida e historia podemos seguir por la obra de Cánovas (22). En ella podemos enterarnos de sus luchas con los moriscos sublevados de Lorca, sus rivalidades con el adelantado, que saquea su heredad de Librilla y los campos de su jurisdicción de su heroica hazaña en el asalto de la inexpugnable fortaleza de Mojacar. Y como, a la vista de la autorización real dada a su pariente de Murcia para hacerle la guerra a sangre y fuego, nuestro Fajardo envía la histórica carta que hemos comentado más arriba, y como tiene que refugiarse en el castillo de Lorca, desde donde aún, para rendirse, pone condiciones. Finalmente Alonso el Bravo se retirará, sin ser molestado a tierras de Aragón, donde muere oscuramente hacia 1458. He aquí el acertado comentario que le merece al ilustre historiador murciano, To-

(22) Op. cit., págs. 314 y ss.

rres Fontes, la arrogante figura del alcaide de Lorca tan idealizado por Lope: «Vencedor de la morisma en los Alporchones, Lorca y Mojacar, Fajardo el Bravo alcanza el favor real, y de la alcaidía de Lorca pasa a ser regidor de Murcia y capitán mayor del reino, dueño de numerosas villas y en posesión no legal de otras muchas; se empareja con su primo el adelantado Pedro Fajardo, pero no contento con ello, hombre de acción y ambicioso, pierde cuanto tenía por sus desmedidas aspiraciones, que le empujaban a conseguir la supremacía militar y política en el reino de Murcia; su fin oscuro y lejos de la tierra en que nació, es la consecuencia última de sus actos» (23).

Esta es, pues, la figura del gran Fajardo, que poetizó la leyenda y pasó al romancero. Don Juan Gallego y D. Alonso que Lope sintetizó en «El primer Fajardo», dándoles vida en un solo héroe, en una figura arrogante e indomable, pero de acuerdo con los ideales cortesanos y caballerescos del siglo de oro, y dándole un fin en la comedia, bien distinto de la realidad, como tenía que esperarse de una glorificación familiar y en la apoteosis de un héroe.

La región murciana que nos presenta Lope en esta obra es la de la zona áspera y fronteriza de los campos de Lorca, la zona que colinda con el viejo reino de Granada, la alta Andalucía. Bien se nota, en la comedia, que las ciudades de esta región, Aledo, Caravaca y Lorca —famosas por sus fortalezas, edificadas en lo alto de un monte que domina vegas, cañadas o barrancos— en lucha constante, ofensiva o defensiva, como se refleja en algunos versos que hablan de las continuas sorpresas guerreras:

*Los que pasaban los muros  
de Lorca, y en sus almenas  
dejaban blandiendo el asta  
de arrojadizas jinetas.*

### **Temática de la región murciana**

Aunque someramente, y sujetos a las exigencias de la acción dramática, podemos entresacar algunos versos de las dos obras analizadas, alusivos a temas propios de la región murciana de aquel tiempo y que, en ciertos aspectos, perduran captados para siempre por el arte certero de nuestro gran poeta.

(23) Vid. «Las hazañas granadinas de Fajardo *El Africano*», Rev. «Hispania», 1961, n.º 18, pág. 20.

LAS TRES MURCIAS

En primer lugar conviene distinguir las tres Murcias que formaban y aún forman, en cierto modo, las tres regiones típicas de esta provincia extrema. Una es la Murcia de la capital, la noble y rica ciudad de las huertas regadas por el río Segura, la ciudad confiada y abierta a la llanura y a la conquista. Así vemos en «Los Porceles», como el joven D. Luis, pobre pero noble toledano, antes de entrar en la ciudad, reposa tranquilo junto a un árbol, mientras confía en la nobleza de los huertanos que le darán hospitalidad:

*Quiérome aquí recostar  
antes que entre en Murcia, y ver  
si me podrán conocer;  
que es este insigne lugar*  
. . . . .

Así mismo es reconocida la realeza y la capitalidad de Murcia, en «El primer Fajardo», por moros y cristianos

*Pero si Murcia es cabeza  
del reino, esa es justa ley  
que se tenga por el Rey*

Ya hemos indicado también como corresponde a hechos históricos lo que el poeta da por supuesto, por boca de los adalides moros, las incursiones de represalias de los granadinos, que, bordeando la costa, saqueaban, casi sin resistencia, las tierras bajas y abiertas de Murcia y Cartagena. La historia de las conquistas y reconquistas de Murcia las define Lope por el Maestre, D. Rodrigo Manrique hablando con el rey D. Enrique:

*Esta, señor, es Murcia, y el primero  
que la ganó fue D. Alonso el Sabio,  
hijo del Santo, que ganó Sevilla,  
pasando a sus conquistas grandes cosas:  
Después vino a poder de algunos moros,  
a quien se la quitó don Juan Fajardo.*

La otra región, que no se toca sino tangencialmente en estas obras dramáticas, es la marina murciana, representada sobre todo por el litoral de Cartagena y su puerto. Este sirve de entrada y salida a uno de los protagonistas de «Los Porceles». Por eso dice Doña Angela dudando:

*¿Si habrá pasado a Valencia,  
o si a Cartagena fué  
para embarcarse?*

Y lo mismo al regresar D. Luis, tan pobre como antes, de su viaje a Orán; vuelta que hoy tanta actualidad tiene.

*Ayer me desembarqué  
en Cartagena, y hoy llego  
a otro mar en que me anego.*

Igualmente que a Murcia, los moros que hacían cabalgadas por el litoral, huyendo de los sitios fortificados por los cristianos, forzaban fácilmente a Cartagena, renombrada por la dulzura de sus costumbres y la belleza de sus mujeres. A esto alude el morillo Ardinelo, amigo de Fajardo, que va a traicionar a los de Vera, pues dice que están entregados a los placeres:

*Ya con el amor lascivo,  
sobre alcatifas de seda,  
requiebran noches y días  
las moras de Cartagena.*

Y por último Lope nos presenta, sin haberla conocido tampoco directamente, pero con gran intuición, la región más áspera, yerma y legendaria, resumida en la ciudad de Lorca y personificada en el famoso Fajardo. Frente a las otras regiones, tranquilamente entregadas al fatalismo de los azares de la guerra, cultivando temerosos sus feraces huertas, Lorca era un castillo fronterizo, una ciudad en perpetua vigía de las armas. Mientras las otras ciudades se entregaban sin apenas resistencia, Lorca permanecía, la mayor parte de las veces, cercada o inexpugnable, y así lo dicen los mismos alcaides de Vera y Baza al rey de Granada en los versos que hemos citado más arriba:

*Dimos en Murcia, Cartagena y Lorca;  
Gualermo tomó a Murcia, a Cartagena  
Alcindo, y yo de suerte puse el cerco  
a Lorca, que Fajardo y sus soldados  
han comido las yerbas, los caballos*

Lope, para encarecer la seguridad de la fortaleza de Lorca, la considera tan bien protegida, con sus murallas, como lo están dos islas españolas:

*No lo están mejor del mar  
Fuerteventura y Mallorca.*

También este carácter de inexpugnabilidad lo recoge el poeta en el hecho legendario que da lugar al nombre de los Fajardos, en el que un caballero moro, para terminar con la resistencia de los lorquinos, desafia a un caballero cristiano bajo unas condiciones:

*Salga de vosotros uno,  
que si, como agora dije,  
me venciere, alzaré el campo  
que a Lorca cercada oprime  
y si no me la daréis.*

En resumen, se puede decir, que las Murcias captadas por el ingenio de Lope en estas obras son: 1.º) la Murcia huertana, noble y altiva, la rica y pacífica, que sirve de fondo a la leyenda genealógica de «Los Porceles», y 2.º) la Murcia lorquina, áspera y seca del yermo, con las ciudades fortalezas y sus leyendas históricas, que determinan las hazañas del «Primer Fajardo». La una se complementa con la otra, y ambas recogen la realidad histórica proyectada en el tiempo de nuestro gran dramaturgo y prolongada, en cierto modo, hasta el nuestro.

## **El medio ambiente y sus habitantes**

### A) EL PAISAJE

Los accidentes geográficos a que Lope hace referencia son muy escuetos, pero captan, sintéticamente, el paisaje de la región murciana. Aparte de algunas perspectivas de las huertas de morales, hay ligeras alusiones al río Segura y al puente que lo salva a la entrada de la ciudad, cuando don Lope, el padre de «Los Porceles» dice:

*casi de Murcia a la puente*

o bien cuando nombra a los cotos de caza, que debieron ser abundantes, pues por ellos pregunta el Rey don Enrique en «El primer Fajardo»:

—*¿Es buena tierra de caza  
Maestre?*

— *En extremo buena.*

Un investigador lorquino actual nos dice que hacia el siglo XIV el «territorio de Lorca, desde el término de Cartagena al de Vera y Caravaca, eran montes poblados de pinos y chaparros, todos ellos del común aprovechamiento de los vecinos; en ellos abundaban los jabalíes y venados; los lobos eran numerosos...» (24). Lope nos deja también algunas alusiones al paisaje lorquino, que aparece desfigurado por la acción dramática, pero no muy lejos de la realidad de la época, como por ejemplo cuando habla del campo donde espera el moro Abenalfajar «hasta que el sol se eclipse», y luego como el caballero se tiende bajo un olmo. Otras referencias sólo se deducen por la construcción de las fortalezas, para las que se elegían los altos collados o las lomas escarpadas que dominan la llanura.

Deja también entrevisto, en «Los Porceles», el paisaje del litoral murciano con una ligera pincelada poética, respuesta a la extensión de los lugares de caza, que coincide con la cita copiada más arriba:

*Cuanto esta margen abraza  
hasta el mar que a Cartagena  
con cercos de plata enlaza.*

## B) LA PRODUCCIÓN

La única actividad pacífica a que hace referencia Lope, que caracteriza la huerta murciana de su época y traía ya una tradición árabe, es a la industria y a la agricultura derivadas de la cría y explotación del gusano de seda. Cascales dedica una de sus cartas (25) al estudio del origen y producción de esta bella industria. Respecto a la época de su introducción en la península dice que «no ha docientos años cabales que hay cría de seda en España; porque en Murcia, donde más se practica, no hay rastros por donde entendamos que la hubo antes de ese tiempo; que yo he pasado todos los libros antiguos anales del archivo de esta ciudad, y no he visto que se haga mención de moreras ni seda, como se hace, a cada paso, de ganados, de sembrados, de viñas y de olivos». Datos que no prueban el que no hubiera cría del gusano a la entrada de los cristianos en Murcia en el siglo XIII, y siguiera luego aunque no en la proporción de las viñas y los olivos, hasta adquirir la importancia que tenía en la época de Lope. Otros debieron ser los informes de éste, sin duda más positivos, porque sus personajes afirman que la industria del

(24) Vid. J. Espín, «De la conquista y repartimiento de tierras a los conquistadores y pobladores de Lorca», Valencia, 1957.

(25) Vid. Op. cit. Epístola VIII, dirigida al Lcdo. Bartolomé Ferrer, Ed. Clás. Cast. n.º 117, págs. 169 y ss.

gusano de seda había sido invención de los moros. Pues en «El primer Fajardo», cuando el rey don Enrique, habla al final de la obra, con Manrique de la seda y del cultivo del moral nos revela la posible etimología de esta palabra (26):

Enrique — *cuanto enriquece*  
*tanto discreto moral*  
 Manrique — *El fruto es tal*  
*que a toda España ennoblece.*  
 Enrique — *Gran invención fué la seda.*  
 Manrique — *Aquí el Moro la ha criado.*

Nuestro dramaturgo, con el fin de situarnos en el ambiente en que se desenvuelve la fábula de los Porceles, para atarla del modo más eficaz a la realidad, nos presenta hablando, de la naturaleza y menesteres de la industria del gusano, a dos labradores, Fabio y Lisandro. El primero pondera la delicadeza de la materia prima:

—*Son los gusanos de seda*  
*la cosa más delicada*  
*que hoy tiene el mundo criada.*

Después hablan del cultivo y del cuidado del moral, cuyas hojas, como es sabido, son el alimento del precioso gusano:

—*Los morales ¿cómo están?*  
 —*Cien hojas por una dan,*  
*aún antes que se las tomen.*

Efectivamente, Cascales afirma, en la carta más arriba citada, que «Llega, pues, la planta de las moreras a Murcia, halla un terreno tan propio y tan acomodado a su naturaleza, que produce más y mejor que en parte ninguna de España. Vese claro, pues Murcia da y reparte liberalmente seda a los más codiciosos y más opulentos mercaderes de Toledo, Córdoba, Sevilla, Pastrana, y de otros lugares que tratan de esta materia» (27). Con todo esto, Cascales cree más productivo el cultivo de la viña (que no nombra Lope en estas obras) y trata de convencer de ello a su corresponsal, el doctor don Francisco Yáñez (28), aunque reconoce que «cosa asentada es ser la más útil cosecha de todas cuantas la tierra lleva, la seda». Con este motivo nos enteramos de las riquezas de

(26) Vid. Diccionario Etimológico de Corominas. Dice procede del latín vulg. *mora*, y se refería a las zarzamoras o «árbol que produce la mora morada».

(27) Vid. Epístola VIII, op. cit., pág. 183.

(28) Vid. ibídem., págs. 192 y ss.

los propietarios y caballeros murcianos de la época de Lope: «La tahu-lla —dice— de moreral, que tiene hoja para una onza de seda, vale ochenta ducados; una onza de hojas se vende en rigor de 10 ducados...». Lo cual no necesita comentarios si pensamos que el ducado tenía el valor aproximado de 7 pesetas.

### C) LA POBLACIÓN

Los tipos humanos que Lope de Vega nos presenta en estas obras, como habitantes de la región murciana, son tan representativos de la configuración geográfica descrita como de la situación histórica, teñidos, naturalmente, de reminiscencias literarias. Además, tanto los personajes históricos como los ficticios, están sentidos y vividos desde la coetaneidad de nuestro dramaturgo.

Como consecuencia de la posición fronteriza del reino de Murcia en la época en que sitúa Lope sus comedias podemos dividirlos en dos mundos: el cristiano y el árabe. A) Los cristianos están formados, primero por los nobles: Doña Lucrecia y Don Lope, protagonistas de la leyenda dramatizada de «Los Porceles», cuya ascendencia enumera la dama en un romance, del que hemos comentado los pasajes principales. Y es precisamente su orgullo de noble y su temor a la difamación los móviles que impulsan a Lucrecia a intentar el infanticidio de seis de los siete hijos que ha tenido de un solo parto.

*Y que por Murcia no fuese  
afrentada por sus damas.*

En los personajes de la comedia de la crónica —legendaria de los Fajardos abundan los nombres de caballeros ilustres, desde los alcaides y adelantados hasta el mismo Rey. En primer lugar está D Juan Gallego cuya genealogía y blasones expone con detalle Lope, como ya hemos indicado en apartados anteriores. Ya hemos visto como en el campo de Lorca, luchando en buena lid con el gigante Abenalfajar, conquista el apellido de Fajardo y otros honores y posesiones con los títulos de maestre y comendador. Junto a él aparece el conde don Juan Manuel que le arma caballero con todos los ritos de la caballería andante; su cuñado Garcijofre, que encubre la personalidad histórica de don Manrique, valeroso caballero de la época. Al final de la obra aparecen también D. Diego de Lasa, caballero y alcaide rebelde, Alonso Lisón, comendador de Aledo, D. Gonzalo de Saavedra, caballero veinticuatro y enviado del rey, y el maestre don Rodrigo, todos igualmente históricos, aunque algo desfigurados por las necesidades de la peculiar adaptación a la comedia lopesca.

En un plano inferior, pero paralelo, como acostumbra Lope, aparecen los villanos, los labradores y los soldados. En «Los Porceles» son tres los labradores que se dedican a la cría del gusano de seda y al cultivo de las moreras: Lisandro, Fabio y Ginés. A ellos se añaden los nobles-humildes de Toledo, Doña Angela y Don Luis, que encuentran protección y trabajo junto a aquellos.

Frente al plano de los caballeros y de los héroes de la crónica dramatizada tenemos a los pobres soldados anónimos que les acompañan, pero que Lope nos lo da como tipos acabados de aquel ambiente, mezcla de grandezas y miserias. Estos son Riba y Trillo, soldados de Fajado, y los que aparecen en las escenas de juegos, Pacheco y el Alférez murciano, contra el que pierde el buen don Alonso un caballo y cuatro moros. Todo ello refleja, con certeza y colorido, la realidad de la perpetua campaña y la vida menuda de los campamentos, donde, caudillos y peones, comparten sus azares y entretenimientos. Se produce una disputa, pero el Alférez hace la paz con Fajardo diciendo:

*Más precio vuestra amistad,  
que ser de Murcia señor.*

B) Los personajes moros forman otro plano aparte y paralelo al de los cristianos, con los que tienen muchos puntos de contacto y hasta de simpatía. En primer lugar aparecen los esforzados adalides que viven unidos a la región murciana por la leyenda o por la historia como Abenalfajar, el que pone cerco a Lorca y no quiere luchar sino con un caballero de sangre tan noble como la suya; o aparecen los mismos personajes de la leyenda de los Zegríes y Abencerrajes, como escuchamos por boca del mismo Rey de Granada celoso de su capitán Abindarráez al que quiere enviar a la muerte:

*Que mando a Abenalfajar,  
que en Murcia tiene mi gente,  
cual general, cual teniente  
ocupen de tal manera  
a Abindarráez, en puesto  
tan peligroso y dispuesto  
para que en la guerra muera*

Frente a los alcaides de las fortalezas y ciudades cristianas Lope coloca a los alcaides de las ciudades moras, Vera y Baza, Alcindo y Gualemo, que casan a sus hijos, por lo que celebran grandes fiestas en Vera. Ya hemos dicho que aquí sitúa nuestro poeta la leyenda de los cuarenta caballeros lorquinos y la novia de Serón.

Los personajes femeninos permanecen algo esfumados, envueltos en leyendas y romances: la enamorada y fiel Xarifa (tantas veces poetizada), que padece por su Abindarráez; la raptada y desposada Felisalva, y la tierna y apasionada Fátima enamorada del enemigo de su pueblo, D. Juan Fajardo, para quien borda un recuerdo, que acaso es una alusión a los trofeos árabes que, hasta hace poco, conservaba una ilustre familia de Lorca, y que según la tradición corresponden a la gratitud de la novia de Serón devuelta a los suyos:

*Y que labró un pendón  
de seda, oro, plata y perlas,  
que le daré de mi mano  
si quiere Alá que le vea.*

Los otros tipos están tomados, sin duda, de la realidad cotidiana y más cercana a la época de Lope mismo, que conoció a la abundante población morisca antes de su expulsión. En primer lugar aparece el moro, amigo de los cristianos, que no duda en traicionar a los de su sangre. He aquí como anuncia el soldado Trillo a Fajardo la llegada del moro Ardinelo, que el poeta define en pocos versos:

*Alzando un blanco pendón,  
a verte viene Ardinelo,  
aquel travieso morillo  
que suele jugar a las tablas  
contigo.*

Pero el que tiene un papel más importante y significativo es Zulemilla el gracioso villano morisco, que pasa de uno a otro bando según las simpatías del momento. Lope lo utiliza como contrapunto de la época por medio de sus interesantes observaciones hechas con la interpretación lopesca del lenguaje morisco, y que debió estar vigente, durante bastante tiempo, entre la rústica población murciana. Seguramente esa jerga o habla debió influir, no poco, en el dialecto actual, llamado «panocho».

### **Determinantes geográficos e históricos**

Como resumen a nuestro breve estudio podemos decir que en «Los Porceles» la huerta murciana está utilizada en la sola dimensión geográfica que sirve de paso y cruce a la marina cartagenera, pero también como apacible asiento de gente perseguida o atormentada, como Doña Angela

y sus hijos, que encuentran acogida entre los huertanos dedicados a la industria de la seda. Por lo demás Murcia sólo sirve de marco a la leyenda como pudo serlo otra ciudad cualquiera, aunque guarde con ella una intuición simbólica profunda.

En el caso de «El primer Fajardo» y en su movimiento dramático, semilegendario y semihistórico, influye, de una manera decisiva, el medio ambiente. Este es el ya citado carácter fronterizo de la Murcia árida, de llanada y monte, con sus ciudades-fortalezas, que sin esfuerzo sirve de marco ideal a la época tumultuosa y violenta de fines del siglo XIV, que Lope quiso sintetizar en esta comedia.

Este determinante geográfico e histórico de frontera, de lucha y alarma, es a la vez un frecuente intercambio de cultura, costumbres y sentimientos, que alcanza naturalmente a la lengua. Claramente definitorios de esta situación son las palabras de Juan Fajardo cuando convoca a la guerra de sorpresa, tan frecuente como la hecha a pecho descubierto:

*¡Oh, Garcijofre, famoso!  
Armas y caballo apresta,  
y al comendador de Aledo  
dí que los suyos prevenga;  
que pues de aquestos alarbes  
sabemos todos la lengua,  
disfrazados con marlotas  
hemos de entrar en la fiesta.*

Una simple enumeración de las escenas, ya más arriba analizadas, nos mostrarán la importancia del tema de las relaciones entre los moros y cristianos en esta comedia, determinados por la situación histórica o geográfica: a) cerco de Lorca y muerte de Abenalfajar, b) la incursión de Fajardo y los suyos a Vera, situada en zona de algaradas cristianas, c) contraofensiva de los alcaides de Vera y Baza con la toma de Cartagena y Murcia, d) relaciones romancescas y literarias de los Abencerrajes y Fajardo, e) reflejo de las relaciones amistosas directas, simbolizadas en la partida de ajedrez entre el rey de Granada y Fajardo y el aludido juego de «tablas» con el «morillo Ardinelo», y f) intervención del morisco y del villano en la acción dramática a ambos lados de la frontera.

Y por último señalaremos otro tema que es consecuencia directa del determinante histórico y de la situación adelantada de la región murciana: la soberbia independencia reflejada en la actitud orgullosa y gallarda del primer Fajardo, que es evidente a pesar de las buenas fórmulas al poder real con que trata de disimularla Lope, por ser inadmisibles para su público y para su tiempo. Pero bien clara se nota, en sus palabras, su verdadera actitud:

*¿Así paga el señor Rey  
lo que le debe a Fajardo?  
¿Este el premio que aguardo?  
¿Esto es justicia, esto es ley?*

En conclusión, Lope de Vega supo captar, con intuición genial, el pasaje y el ambiente de la región donde situó dos de sus obras de crónicas legendarias e históricas, y llegó a resumir, en ellas, las dos Murcias más características (a parte la del litoral, sólo aludida) en la época donde sitúa sus dramas y en lo que tienen de más permanente hasta hoy mismo: 1.º) La sonriente y feraz huerta murciana de la capital, con su acogedora hospitalidad y su serena nobleza, no privada de cierta fuerza dramática; y 2.º) la áspera y adusta zona de las llanuras y los montes lorquinos, con su inquieta y orgullosa independencia, con sus altivos castillos, con su carácter fronterizo permanente entre la feracidad de la vega murciana, la tierra baja del litoral mediterráneo y la montuosa y espléndida de Andalucía.

Lorca, junio 1962.